

XI

VÍA ECOLÓGICA:  
LA SACRALIDAD DE LA TIERRA  
Y EL CULTIVO DE LA SOBRIEDAD

*La tierra te oye.  
El cielo y la montaña te ven.  
Si crees esto, llegarás a la ancianidad.*

ANÓNIMO INDÍGENA AMERICANO

INTERIORIDAD, SOLIDARIDAD y sobriedad van de la mano. Solo ejercitando la capacidad de contención se puede abrir un espacio interno para el recogimiento y un espacio exterior para la solidaridad y para el respeto por la tierra. Lo común a toda experiencia humana profunda es reverenciar el don de la vida y tomar conciencia de que la vida no nos pertenece, sino que somos nosotros los que pertenecemos a ella. Cuanto más vivo se está, más sagrada se percibe la vida. Cuando no la respetamos, es que nosotros mismos estamos muertos. Redescubrir la forma sagrada de relacionarnos con la naturaleza: esto es lo que necesitamos urgentemente.

## I LA TIERRA COMO ALTERIDAD

Si los seres humanos son *los otros*, la tierra es *lo otro*. Se trata de una alteridad diferente a la humana ya que nos constituye sustancialmente en tanto que somos corporeidad. Nuestro cuerpo es tierra, procede de ella y a ella vuelve. Lo que nos permite desidentificarnos de nuestra corporeidad y de la naturaleza es la conciencia egoica, que nos hace pasar de sentir que *somos* cuerpo a decir «tengo un cuerpo», lo cual hace que nos percibamos diferentes de nuestro entorno natural. La conciencia del yo introduce la dualidad.

Lo que la mente es al cuerpo lo son las culturas respecto a la tierra. Cada cultura configura una manera de relacionarse con ella, un modo de moldear la naturaleza, de la misma manera que cada yo consciente se relaciona con su cuerpo. Lo propio del ser humano es disponer de la libertad que la conciencia nos otorga, de modo que somos responsables de aquello que hacemos con nosotros mismos, con los demás y con la tierra. La mente, al introducir esa distancia con los demás y con la naturaleza, puede convertirnos en seres hostiles al medio o bien puede disponernos a servir a la naturaleza con agradecimiento y veneración.

## 2 LAS EDADES DE LA TIERRA

La aparición de la conciencia humana es reciente en el planeta. Si comparamos la edad de la Tierra (4 500 millones de años) con una jornada de veinticuatro horas, podemos establecer las siguientes correspondencias:

- a* La vida aparece hacia las cinco de la mañana (hace unos 3 700 millones de años). Hasta entonces solo había una mezcla inhóspita de gases (hidrógeno, metano, amoníaco, vapor de agua y gas carbónico) en combinaciones inertes.
- b* A partir de las cinco de la mañana se produce algo insólito: las moléculas más complejas (los aminoácidos) no solo se agrupan con otros átomos para formar estructuras complejas, sino que empiezan a autorreproducirse. Es el alba de la vida. Poco a poco, a lo largo de millones de años, estas moléculas vivas se van complejizando, distinguiendo un dentro de un fuera de sí mismas, lo que será el origen de la conciencia.
- c* Hasta las ocho de la noche (hace unos 750 millones de años) no aparecen los primeros moluscos. A partir de entonces se producen tres desarrollos fundamentales: el sistema inmunitario, que asegura protección contra parásitos o virus; el sistema hormonal, que permite el control de los ritmos biológicos y de la reproducción sexuada; y el sistema nervioso, que rige la comunicación. Todo ello permite la explosión de las especies.
- d* Los dinosaurios aparecen a las diez y media de la noche y viven hasta las doce menos veinte (entre 300 millones y 65 millones de años atrás). Desaparecen debido a la caída de un gran meteorito cuyo choque con la tierra provoca una nube de polvo que, al no dejar pasar los rayos de sol, produce un enfriamiento en todo el planeta que causa su muerte. Gracias a ello, pueden sobrevivir de su depredación unos pequeños mamíferos que se disputaban el mismo terreno, nuestros remotos antepasados.

- e* Nuestros antepasados más recientes, los homínidos, aparecen en el último minuto (hace unos 4 millones de años) en las sabanas de África oriental.
- f* En el antepenúltimo segundo (200 000 años atrás) la Tierra da a luz al primer *homo sapiens*, en el origen del Paleolítico.
- g* La revolución industrial se corresponde con la última centésima de segundo. Solo desde entonces hemos empezado a ser una amenaza para el planeta.

Algunos analistas han llegado a decir que la especie humana es un cáncer que le ha salido a la tierra. Lo propio de las células cancerígenas es su crecimiento incontrolado, que devora al mismo organismo que las ha creado. El antropocentrismo nos ha aislado de Gaia. Con la aparición de nuestra conciencia egocéntrica, nos hemos separado de los demás seres vivos hasta el punto de habernos convertido en su más temible amenaza.

### 3 EL EXILIO DEL AISLAMIENTO

Lo que caracteriza a la mente es su capacidad de distinguir los diversos planos y dimensiones que constituyen el todo. El avance y progreso de la humanidad se debe precisamente a esta capacidad de discriminación y de relación de elementos, pero con el riesgo de haber desintegrado su armonía a causa de la avaricia con la que nos relacionamos con ellos. El desarrollo de nuestra conciencia agitada y desintegrada nos separa de la naturaleza de la que creemos distinguirnos. Hoy corremos alarmantemente el peligro de destruir la misma

vida que nos ha sido dada para poder dar a luz a la conciencia humana.

Urge el retorno a una comunión cósmica. Ahora bien, este retorno a la tierra no puede ser regresivo, sino progresivo. Se trata de descubrir aquella *segunda inocencia* que no tiene nada que ver con la ingenuidad. La ingenuidad es una fase inmadura, ya que elimina los elementos complejos y conflictivos de la realidad. Al no tenerlos en cuenta, tropieza con ellos. La inocencia, en cambio, siendo plenamente consciente de las fuerzas que hay en juego, avanza entregándose y sin dañar, con una amable pero indómita esperanza de que las cosas puedan ser de otro modo. Hemos de recuperar la comunión cósmica de las religiones aborígenes, pero sin abandonar las aportaciones de nuestra cultura, gracias a la cual se han producido avances en la civilización humana, como es el aumento de la esperanza de vida, la intercomunicación planetaria, el desarrollo de la ciencia y de la técnica por medio del conocimiento de las fuerzas que bloqueaban la capacidad de transformación y de imaginación.

Sin embargo, hemos llegado a todo ello a costa de haber aislado nuestro ser individual de las demás criaturas. Al habernos convertido en la medida de todas las cosas, nos consideramos con el derecho de decidir sobre el planeta, sin darnos cuenta de que formamos parte de su ecosistema. Nos consideramos la especie *sapiens sapiens*, esto es, no solo que sabemos cosas, sino que sabemos que las sabemos, pero olvidamos que también somos *ignorans ignorans*, ignorantes de aquello que ignoramos. El depósito espiritual de las diversas tradiciones nos puede librar de esta ignorancia al recordarnos lo que nos queda por recorrer hasta el Ser total, en comunión y religación con los demás seres.

La dimensión religiosa nos devuelve el sentido sagrado de la vida, abriéndonos a un estado de reverencia y de agradecimiento, permitiéndonos percibir que formamos parte de un todo más vasto y de una realidad más honda que nuestra existencia separada. En griego existen dos palabras para decir *vida*: *biós* y *zoé*. *Biós* es una de las formas posibles de la vida integral. Ha sido creada a partir de la diversificación de las especies y de la individuación de miembros en el interior de cada especie. *Bios* está en el reino de la individualidad y de la diversidad. *Zoé* es la vida que nos atraviesa a todos. Nuestra singularidad biológica es solo una de las posibles manifestaciones de *zoé*. En sus fases más inmaduras, nuestro pequeño yo se aferra a la vida a costa de exterminar otras formas de existencia. Crecer en conciencia significa percibir que todos participamos de la misma vida (*zoé*) que ha aparecido en la tierra y que trasciende al mismo planeta. Cuando quedamos reducidos a nuestra dimensión *biológica* individual, solo luchamos por nuestra supervivencia —personal o grupal, que no es más que la extensión de nuestro ego—, olvidando que nuestra existencia individual y de especie participa de una realidad y de un don mucho mayores que proceden de un fondo multiforme, transtemporal e infinito, cuyas manifestaciones estamos llamados a venerar, cuidar y servir, en lugar de poseer, dominar o someter.

Urge abandonar el individualismo positivista en el que cada ser reclama su autonomía sin reconocer sus vínculos con los demás seres, y entrar en la ecología del ser que permite beber de la común fuente que está en el origen de toda criatura. Al compartir el origen, compartimos la hermandad cósmica. Tal es el horizonte que proponen todas las religiones y también los movimientos ecológicos laicos.

Juntos hemos de buscar sus traducciones éticas y ecológicas concretas.

En el año 2000 la ONU proclamó la Carta de la Tierra. En ella se recogen dieciséis principios para velar por la preservación de nuestro planeta. El documento hace caer en la cuenta de la interdependencia de todos los factores que están en juego. Está distribuido en cuatro apartados, con cuatro artículos para cada uno. Comienza con la toma de conciencia de la interdependencia de todas las formas de vida; prosigue con los compromisos ecológicos para después ponerlos en relación con la justicia social y económica; concluye con el compromiso por la paz y la no-violencia, lo cual incluye el trato de los animales. En el prólogo se dice: «Debemos darnos cuenta de que una vez satisfechas las necesidades básicas, el desarrollo humano se refiere primordialmente a ser más, no a tener más.» Y en el párrafo conclusivo se lee: «Nunca como antes en la historia, el destino común nos hace una llamada a buscar un nuevo comienzo.» La idea de *un nuevo comienzo* está también implícita en términos como *ecosofía* (Raimon Panikkar),<sup>1</sup> *ecopsicología* (Theodore Roszak)<sup>2</sup> o *eco-espiritualidad* (Leonardo Boff).<sup>3</sup> Los tres neologismos son exponentes de un modo de comprender la ecología no como una mera estrategia de supervivencia sino como un modo diverso de relacionarse con ella: no desde la razón calculadora y controladora sino comulgante. Ello coincide con el planteamiento que hacen algunos autores sobre la actual

1. Cf. Raimon PANIKKAR, *Ecosofía*, San Pablo, Madrid, 1994.

2. Cf. Theodore ROSZAK, *The voice of the earth*, Simon & Schuster, Nueva York, 1992.

3. Cf. Leonardo BOFF, *Ecología*, Trotta, Madrid, 1996; ÍDEM, *El cuidado esencial*, Trotta, Madrid, 2002.

situación económica, en cuanto la conciben como un ritual de paso: o bien quedamos colapsados en un modelo adolescente, agresivo y depredador, o bien damos paso a un mundo postmaterialista adulto y maduro, que sabe gestionar sus necesidades, deseos y valores.<sup>4</sup>

Lo que determina una actitud u otra depende de cómo nos las habemos con el deseo, que surge en ese espacio que se abre entre nosotros y el mundo.

#### 4 EL DESEO COMO CONSECUENCIA DE LA DUALIDAD Y LA DUALIDAD COMO CONSECUENCIA DEL DESEO

La distancia que crea la conciencia de un yo separado de los demás y de las cosas abre un vacío, y ese vacío engendra el deseo. La carencia es constitutiva del ser humano. Somos seres de necesidades. Lo que distingue la necesidad del deseo es que este pasa por la conciencia. De aquí que el deseo, tanto como la conciencia, sean plena y específicamente humanos. En este sentido, nos deberíamos definir no solo como especie *sapiens sapiens* sino también como especie *desiderans desiderans*, esto es, constitutivamente «deseantes», como criaturas atravesadas por un dinamismo de búsqueda y de transformación permanentes para satisfacer esa carencia radical que la conciencia introduce en nuestra percepción del mundo.

Somos animales de deseos insaciables. Existe en nosotros una permanente insatisfacción, lo cual nos hace transformar la realidad, pero con el riesgo de violentarla continuamente.

4. Cf. Jordi PIGEM, *Buena crisis*, Kairós, Barcelona, 2009.



Los deseos nos hacen anticipadores de futuros, pero con el peligro de alienarnos del presente. El deseo acentúa la dualidad abierta por la mente entre nosotros y las cosas. Somos polvo con conciencia, y nuestra autoconciencia, conducida por el deseo egoico, puede ser voraz y devastadora, o bien admirativa y contenida, capaz de co-crear.

En el relato bíblico de los orígenes se nos dice que fue la voracidad la que desintegró el paraíso. Frente a la comunión cosmoteándrica basada en la reciprocidad, se desató la *hybris* de una avidez insaciable. La tentación del endiosamiento —«seréis como Dios» (Gn 3,5)— representa la exaltación del ego deseante que convierte la reciprocidad en voracidad. Transgredidos los límites, en lugar de recibir con gratitud la existencia, se despierta la sospecha frente a todo aquel o aquello que quiera poner un freno al impulso voraz. El mito bíblico refleja nuestra incapacidad de aceptar las demarcaciones y de respetar lo ajeno. Lo que hasta entonces había sido concordia y reciprocidad se convierte en avidez y sospecha. Esos orígenes no son cronológicos, sino que están en la raíz de cada acto. El mito desplaza temporal y geográficamente lo que está en la génesis de cada acción. Al alejarlo de nosotros en forma de relato arquetípico podemos captarlo mejor. Tal es la función del mito: hacer una traslación de sentido de lo particular a lo universal y de lo universal a lo particular.

El problema no está en desear el fruto del árbol de la vida sino en arrebatarlo. Este arrebatamiento genera la dislocación y desintegración que nos hace vivir en el exilio. Un exilio que se difracta en tres direcciones: respecto del Ser último, que percibimos como un competidor de nuestros deseos y por ello hemos de ocultarnos o negarlo; respecto a

las relaciones humanas, convertidas en mutuas acusaciones y sospechas entre nosotros: «yo no he sido, ha sido el otro»; y respecto de nuestra relación con la naturaleza, representada en la maldición sobre la serpiente y en el modo violento de relacionarnos con el resto de los animales. «Por haber comido del árbol prohibido, maldita sea la tierra por tu culpa.» (Gn 3,17) La maldición no es ningún castigo venido de fuera, sino una consecuencia intrínseca del desbordamiento del deseo. La desarmonía se ha introducido en la tierra porque no hemos sabido respetar los límites del otro ni de lo otro. Al no contener el impulso depredador continuamos tratando de arrancarle a la naturaleza lo que podemos. La técnica es la extensión de nuestros dedos con los que seguimos queriendo arrebatarse el fruto al árbol de la vida. Es evidente que el problema no está en la técnica, como no lo está en los dedos, sino en el modo de utilizarlos.

##### 5 DESAPRENDER LA VORACIDAD

Para reintegrarnos en la reciprocidad de la vida, para llegar a tener respeto, cuidado y veneración por todas las formas de existencia, tenemos que aprender a contener la voracidad, que es hija de dos fuerzas: *eros*, la pulsión de vida, que es fecunda y creativa pero que también puede ser agresiva y destructiva cuando es interrumpida; y *thanatos*, la pulsión de muerte que surge de la rabia ante el deseo frustrado. Cuando no lo satisfacemos nos volvemos agresivos. *Eros* también se convierte en *thanatos* por el camino opuesto: cuando nos saturamos hasta la saciedad se produce un hastío de muerte propio de las llamadas *sociedades del bienestar*. La muerte llega cuando

ya no hay espacio para el anhelo, porque de tal manera es inmediatamente saciado que su dinamismo queda abortado antes de que aporte su impulso de trascendimiento.

Por el contrario, la contención nos convierte en seres no-violentos posibilitando la veneración del otro y de lo otro por lo que son, en vez de engullirlos en función de nuestra voracidad. Estamos ante un trabajo que hemos de hacer continuamente sobre nosotros mismos para que el potencial agresivo no esté al servicio de una pasión ciega, sino de respeto por toda forma de vida. Solo ordenando y canalizando estas pulsiones, en lugar de ser una amenaza para el planeta y los unos para con los otros, podremos ser posibilitadores de nuevos espacios y modos de existencia.

La diferencia entre depredar y comulgar está en la inversión de la dirección del deseo: en lugar de arrancar el fruto del árbol de la vida, abrir claros en la selva para plantar árboles que den ese fruto porque se han sabido preservar las semillas que contenía, en la percepción de una continua circularidad del recibir y el entregar. A lo largo de los siglos se ha producido una degradación en nuestra relación con la naturaleza: hemos pasado de considerarla primeramente como templo y ocasión de veneración a mero escenario de nuestra actuación, hasta llegar a convertirse en objeto de nuestra depredación.<sup>5</sup> Debemos tratar de rehacer el camino en dirección inversa y volver a habitar la tierra de forma sagrada.

Una de las tareas fundamentales de las religiones y tradiciones espirituales es adiestrarnos en una ascesis que nos haga capaces de reconvertir nuestras pulsiones devastadoras en energía de participación y de comunión. El Dalai Lama

5. Cf. PIGEM, *Buena crisis*, pp. 78-82.

ha lamentado reiteradamente que la obcecación humana esté devastando la tierra. Así lo expresó en un poema:

El obstinado egocentrismo que impregna nuestras mentes  
desde un tiempo sin comienzo  
contamina, mancha y ensucia el medio ambiente [...].  
Las montañas eternamente nevadas, resplandecientes de gloria,  
se inclinan y hunden, convertidas en agua.  
Los océanos majestuosos desbordan sus reservas inmemoriales  
y sumergen las islas [...].  
No hay nada que lo vivo tenga en más estima  
que la propia vida.<sup>6</sup>

Las prácticas vegetarianas de bastantes tradiciones espirituales pretenden favorecer esta contención. Chatral Rimpoché, monje tibetano y uno de los apóstoles del vegetarianismo, declara:

Los valores morales hacen que renunciemos a tomar todo aquello que no podemos ofrecer a los demás. No podemos dar la vida a nadie. Es un don que solo puede otorgar el Señor. Así pues, equivaldría a una desvergonzada arrogancia y a una atroz maldad por nuestra parte arrebatarle la vida a nadie. Creo firmemente que si las personas adoptasen el vegetarianismo por consenso universal, descendería sobre esta tierra una paz eterna y una felicidad inmanente, y el sufrimiento humano, en todas sus formas, sería cosa del pasado [...]. Los seres humanos experimentarían paz mental y contento en el corazón incluso al morir.<sup>7</sup>

6. Pronunciado en la Conferencia Internacional para la Responsabilidad Ecológica (Nueva Delhi, 2 de octubre de 1993), recogido en DALAI LAMA, *Mi biografía espiritual*, Planeta, Barcelona, 2010, pp. 170-178.

7. Chatral RIMPOCHÉ, *Acción compasiva*, Kairós, Barcelona, 2008, p. 60.

Su creciente sensibilidad por todos los seres le llevó en los últimos años de su vida a realizar anualmente un acto simbólico en el golfo de Bengala: devolver al mar setenta camionadas de peces que se habían conservado vivos para su posterior venta y consumo. Los devolvía al mar orando por cada uno.

Sin que todas las tradiciones espirituales opten por el vegetarianismo, todas ellas cultivan algún modo u otro de práctica de contención que pasa por la frugalidad, la austeridad y el ayuno, mostrando que el ser humano es más que sus necesidades. De algún modo nos remiten a la figura arquetípica del monje, *mónachos*, de *mónos*, 'uno', el que está unificado en lo esencial. Se trata de lo que Raimon Panikkar evocó como la «bienaventurada sencillez».<sup>8</sup> Un modo de vida que permite recuperar el equilibrio perdido entre lo que realmente necesitamos y lo que solo deseamos. Es paradigmática la figura de Gandhi hilando con una rueca el algodón de su propia ropa y haciendo ver que únicamente con dos *dhotis* se podía vivir en paz y feliz.<sup>9</sup> Desde otro lugar del planeta, Ignacio Ellacuría abogaba por una *cultura de la pobreza*, no como una maldición sino como la bendición de saber vivir con lo necesario.<sup>10</sup> En palabras del cantau-

8. Raimon PANIKKAR, *Elogio de la sencillez. El arquetipo universal del monje*, Verbo Divino, Estella, 1993.

9. Mahatma GANDHI, «La pobreza en el corazón de la abundancia», en *Todos los hombres son hermanos*, Sígueme, Salamanca, 1982.

10. Cf. FUNDACIÓ ALFONS COMÍN, *Premio Internacional Alfons Comín 1989 a la Universidad Centroamericana de San Salvador, José Simeón Cañas, y a su Rector, Ignacio Ellacuría*, colección Memòria, núm. 11, Barcelona, 1989. Cf. también José SOLS, *La teología histórica de Ignacio Ellacuría*, Trotta, Madrid, 1999, pp. 272-279.

tor argentino Facundo Cabral, «tener menos para tenerse más». Del mismo modo, dentro de los movimientos sociales y escuelas económicas existen corrientes que abogan por el *decrecimiento sostenible*. Uno de los que lidera actualmente este movimiento es el economista Serge Latouche, con la creación del Institut d'Études Économiques et Sociales pour la Décroissance Soutenable. Este aprendizaje no es sencillo porque la adicción al consumo tiene que ver con la separación que hemos creado con respecto a nuestro entorno natural. La concepción aislacionista del ser humano es la causa de nuestra voracidad, que trata de compensar la angustia de la separación. Todo ello tiene también que ver con la compulsión por el trabajo. Acción y consumo están interrelacionados. Nuestra violencia a la tierra no es solo por lo que extraemos de ella sino por cómo nos comportamos con ella.

## 6 CAMINAR DE FORMA SAGRADA

Necesitamos aprender del trato que tienen las tradiciones indígenas con la Madre Tierra. Necesitamos con urgencia su sabiduría para reequilibrar nuestra relación con la naturaleza y aprender a venerarla. Abrumados ante nuestra pobreza de recursos espirituales y desvalidos ante nuestra propia depredación, nos acercamos a ellas para aprender. Resuenan como nunca las palabras enviadas por Seattle, el jefe de los duwamish, a Ulysses Grant, presidente de los Estados Unidos de América, en 1855, en una célebre carta que conserva su sabor original y visión profética:

El Gran Jefe de Washington mandó decir que desea comprar nuestra tierra [...]. ¿Cómo puedes comprar o vender el cielo o el calor de la tierra? Tal idea nos es extraña. Si no somos dueños de la pureza del aire o del esplendor del agua, ¿cómo entonces puedes comprarlos? Cada terrón de esta tierra es sagrado para mi pueblo. Cada hoja reluciente del pino, cada playa arenosa, cada velo de neblina en el bosque oscuro, cada insecto que zumba son sagrados en las tradiciones y en la conciencia de mi pueblo. La savia que circula por los árboles lleva consigo los recuerdos del hombre rojo [...].<sup>11</sup>

Las tradiciones aborígenes han desarrollado un alto sentido del vínculo del ser humano con la naturaleza. Sienten que forman parte de una totalidad que no les pertenece, sino a la que pertenecen. Su mundo gira en torno al rito, el cual tiene un carácter sacrificial. El aborígen es consciente de que vivimos a costa de otros seres. No hay vida sin muerte. Pero esta muerte se puede celebrar porque posibilita la vida de otras criaturas. La ritualización implica un intercambio continuo, hecho de veneración y de agradecimiento por lo que muere para que lo demás viva. La conciencia de esta pertenencia cósmica hace que se sientan parte del tejido de ese todo. No hay nada que se tome del entorno que antes no se haya pedido y que no se agradezca después. La ritualización favorece la concienciación y permite la celebración de este tomar y de este dar. El deseo queda así regulado por la reciprocidad del intercambio y por una experiencia de comunión que calma la angustia del vacío y de la separación. El individuo y la comunidad humana quedan integrados en una totalidad que

11. Texto completo citado en Washinton ARAÚJO, *Estamos desapareciendo de la tierra*, Editorial Bahá'í de España, Terrassa, 1994, pp. 66-73. Algunos afirman que esta carta ha sido retocada y embellecida posteriormente.

los incluye y los trasciende. La dualidad queda superada por la relación, no solo entre los humanos sino con un entorno habitado de Presencia y de presencias, donde el hecho de percibirse separado es enfermedad y espejismo.

La tierra aparece como madre, la *Pachamama*, venerada como tal por todos los pueblos indoamericanos. Los indígenas captan sus fuerzas vivificantes. «Para nosotros, sentarse o echarse en el suelo significa que podremos pensar con más profundidad y sentir más intensamente», explicaba un indio lakota.<sup>12</sup>

Los árboles son también objeto de veneración, ya que son generadores de vida. Su verticalidad arraigada en la tierra y abierta de ramas al cielo es imagen del ser humano. Su robusta y pacífica estabilidad inspira a los que se cobijan en torno a ellos. En ciertos lugares de África existe un explícito vínculo entre el árbol y la placenta. Después del nacimiento, la placenta es enterrada en el huerto de la casa y sobre ella se planta un árbol que ha de ser frutal, no ornamental. Se establece un vínculo estructural entre el nacimiento, la placenta, el árbol y la tierra. Entre los quechua del altiplano boliviano, cuando se construye una casa se entierra en sus cimientos un feto de llama. La tierra es la matriz que acogerá a los habitantes de ese nuevo hogar, como también la placenta es hogar para la vida. Captar, cuidar y celebrar estas correspondencias forma parte de una sabiduría ancestral.

Todo ello convierte a los humanos en seres atentos a cada paso que dan sobre la tierra. En palabras de la tradición lakota:

12. Joseph BRUCHAC, *La sabiduría del indio americano. Antología*, Olañeta, Palma de Mallorca, 1997, p. 74.



Cada paso que des en la tierra debe ser una plegaria.  
La fuerza de un alma pura y buena  
está en el corazón de cada persona  
y crecerá como una semilla  
cuando camines de forma sagrada.  
Y si cada paso que das es una plegaria,  
entonces caminarás siempre de forma sagrada.<sup>13</sup>

Encontramos una resonancia semejante en el Corán: «No camines sobre la tierra con arrogancia, no la desgarres ni trates de medirte con la altura de las montañas.» (17,37) La conversión ecológica significa esta capacidad de reverenciar la vida en cada una de sus manifestaciones. Es necesario que sepamos proponer modos colectivos de este caminar sagrado, de manera que afecte a los medios y estructuras de producción. Desconocemos las formas religiosas del futuro, pero en la medida que faciliten la actitud de veneración y de agradecimiento por el entorno que nos nutre, seguirán haciendo su función al religarnos con la tierra que nos gesta.

13. *Ibid.*, p. 80.